

## POR UN CAPÍTULO PRIMERO<sup>1</sup>

Alejandra Valente y Ricardo Strafacce

“¿Cómo es nuestro escudo, abuela María? ¿Cuál es su dibujo?”

Persistente y enfática como era respecto al origen noble de la familia Lamborghini, María Arribau no podía sino disfrutar de la inevitable requisitoria de sus nietos. Y ante la carencia de pruebas materiales que avalasen su respuesta, despreocupada de esa tiranía representativa, brindaba una descripción cuyo tráfico estuvo destinado a pasar directamente desde su imaginación a la escucha absorta de sus nietos, sin someterse al control o la incredulidad —o al desdén— de sus hijos ni a la desaprobación póstuma de su marido. En el escudo de la familia Lamborghini —sostenía la abuela María— se ve un árbol cuyas raíces, desnudas y gruesas, son lamidas por una vaca. La versión, que tomaba un tropo ancestral (la progenie como “árbol”) y lo devolvía transfigurado, real (la vaca no podría lamer un árbol metafórico), brillaba en su inventiva etimológica: de la enigmática acción del animal —explicaba María— se derivaba “Lamber” —con acento agudo—, y de allí, sin más, “Lambor”.

La existencia de una creencia familiar muy anterior —atribuida al abuelo Canuto— según la cual el apellido “Lamborghini” provenía de “Lamber” parecería indicar que la descripción del escudo que años más tarde haría su mujer buscaba en realidad ajustarse a aquella postulación etimológica. No descarta, sin embargo, la conjetura inversa, según la cual la asociación lambor/lamber habría surgido de la trasposición heráldica de una escena rural (la vaca que lame el árbol) contemplada miles de veces en las demoradas tardes de Bayauca. Esta hipótesis, tan válida o tan inválida como la anterior, plantea la cuestión en torno a qué fue primero y qué después, si la etimología adjudicada a Canuto o el escudo que describía María, o, incluso, si hubo realmente primero y después o si, en cambio, la etimología y el escudo, la palabra y la cosa que durante siglos se habían buscado en el Asia Menor y en el norte de África y en toda la Europa, se encontraron súbitamente, en un instante irrepetible, en una tarde interminable, en la Provincia de Buenos

<sup>1</sup> Este trabajo es el borrador de uno de los capítulos de la biografía de Osvaldo Lamborghini en la que trabajan los autores.

Aires, para que un boloñés cuyo nombre evocaba sanguinarias dinastías escandinavas se fabricara un pasado y un futuro.

Canuto Lamborghini, que de él se trata, había llegado de Italia durante la presidencia de Juárez Celman y supo aprovechar el país intacto que, tras la irrupción en la pampa del fusil automático, apareció debajo del galope del último malón para establecerse en un caserío pegado a Lincoln. Enamorar a María Arribau —a la que casi doblaba en edad—, abrir la que sería durante mucho tiempo la única farmacia del lugar y engendrar once hijos le llevó lo que a muchos de sus compatriotas les demandaría pronunciar la lengua nueva o renunciar definitivamente a hacerlo. Y un día de 1894, cuando el ferrocarril entró resoplando en la flamante estación y se vio estrechando la mano de las autoridades de Lincoln que acababan de bajar del único vagón, supo que se estaba fundando Bayauca.

De orígenes presuntamente anarquistas, casi sin darse cuenta se había hecho radical al enterarse de la revolución del '90 y, dadas sus múltiples funciones en el pueblo (que poco a poco desbordaron la farmacopea para asomarse a tareas tan primordiales como suturar heridas, frenar hemorragias o detener infecciones, o tan inverosímiles como embalsamar animales), no le costó postularse como delegado municipal, puesto que ocupó por varios períodos en alternancia con los conservadores. El candidato conservador que se le oponía, y con el que compartía más que disputaba la función, era el italiano Francisco Galeano, quien, casado con María Calabria, también de ascendencia peninsular, iba a convertirse en su consuegro cuando su primer hijo, Leónidas Aniceto, se casara con Teresa Galeano.

Cuánto se habrá infatuado el pionero Canuto en medio de aquel pueblo con el poder que su cargo, su oficio y la distinción de sus ojos claros y su bigote renegrido le conferían. Cuántas veces habrá pensado con nostalgia y con rencor que se iba a morir sin encontrar la manera de que allá, en Bologna, creyeran lo que había contado en aquellas cartas que ya no escribía. Se moriría en 1920 sin saber —aunque es posible que lo hubiera soñado— que, veinte años después, la visita de María Arribau a Bayauca sería celebrada como una fiesta cívica.

Con la muerte de Canuto, la familia tuvo que trasladarse a la Capital Federal. Los hijos más grandes eran demasiado grandes (Leónidas, el mayor, ya vivía en Buenos Aires), los más pequeños demasiado pequeños (María Angélica, la menor, casi no llegó a conocer a su padre) y Bayauca —como Lincoln, como el país— se modernizaba irreversiblemente, de manera tal que el antiguo prestigio de la farmacia como institución local, casi al mismo nivel que la delegación municipal y la iglesia, empezaba a decaer, al tiempo que el mejoramiento de las comunicaciones con Lincoln y la circunstancia de que ni María ni sus hijos podían atenderla como Canuto lo había hecho, había disminuido su rentabilidad tornándola insuficiente para la manutención de la familia.

La amplia propiedad de la calle Thompson 633 en el barrio de Caballito que la viuda alquiló entonces albergó durante más de medio siglo a los hijos, las nueras, los yernos y los nietos del matrimonio de Canuto Lamborghini y María Arribau. Y sus paredes, testigos de las interminables sobremesas familiares, tal vez conservaron hasta el final la vibración de esas cuatro sílabas henchidas que se destacaban nítidas, a intervalos irregulares, en el transcurrir indiferenciado de la conversación: *Lam-bor-ghi-ni* susurrado, *Lam-bor-ghi-ni* en un grito, *Lam-bor-ghi-ni* deletreado, *Lam-bor-ghi-ni* pronunciado en los mil tonos posibles de la comprobación, el desafío o la réplica. Quizá aquellas paredes conservaron también los garabatos con que los niños buscaron representar durante las horas tediosas de la siesta el escudo de la familia.

“Nosotros tenemos escudo heráldico”. Los nietos de María y Canuto han escuchado esta orgullosa frase familiar más de una vez, sobre todo cuando los hermanos Lamborghini se reúnen en la casa de la calle Thompson. Habiéndole dado crédito efectivo a la afirmación —imitando lo que, según ellos creen, hacen sus mayores— nunca, sin embargo, han recibido una justificación rigurosa de la misma. Para ellos, los Lamborghini de Italia son nobles y en esto radica la singularidad y las maneras de la familia. Por cierto, siempre buscan recuperar o imaginarse aquellos orígenes, refiriéndose unos a otros relatos que conocen por sus padres o sus tíos, y cuya circulación halla en las grandes reuniones familiares sus momentos más propicios.

En esta indagación no logran remontarse más allá del abuelo Canuto, de quien han obtenido no mucho más que los nombres de sus padres y los de algunos de sus hermanos y el lugar de origen de la familia, la Emilia-Romania, situada más al norte que la Toscana. Sobre el abuelo mismo han logrado reunir algunas leyendas, todas ellas imprecisas en un punto decisivamente oscuro: las razones por las cuales Canuto abandonó su familia y su país y emigró a la Argentina. La actitud adoptada por Albina Robersi, su madre, cuando supo de su numerosa prole al menos confirma la existencia de motivos que lo hacían, a ojos de la familia, indigno del apellido Lamborghini: la señora indicó que le fueran enviados a Italia sus nietos y que los Lamborghini italianos se harían cargo de la crianza y educación de los mismos; ni siquiera sugirió, en cambio, la posibilidad del regreso de su hijo.

Los relatos menos imaginativos le asignan a Canuto un arrebato maximalista o un prematuro asunto de mujeres lo suficientemente deshonroso como para que se viera obligado a poner tantos miles de kilómetros de distancia entre él y sus orígenes. Los más audaces, una historia anacrónica, más propia de un adelantado español que de un inmigrante italiano del siglo diecinueve, y le atribuyen una larga trayectoria por la selva, arrastrando unas armaduras de la familia noble traídas desde Italia; un amancebamiento con una india

que, despechada por el posterior abandono, le arrojó las armaduras al río; una gangrena en un dedo.

Esta última historia, que quiere entroncar lo familiar con un imaginario fundacional americano, es correlativa a la representación que los Lamborghini de Italia se iban a hacer de los argentinos cuando décadas después fueran visitados por algunos de los nietos de Canuto y éstos les contasen que su abuelo se había casado con una mujer de tez oscura: “Los Lamborghini de allá son todos negros”, puntualizaban, haciendo referencia a sus rostros cetrinos, y entonces los italianos se los representaban literalmente como descendientes de alguna tribu africana. En verdad, a los Lamborghini argentinos les gustaba imaginarse como un verdadero “crisol de razas”: no faltó alguno de los hijos de Canuto que adjudicase a la familia una lejana línea semita, linaje que sus facciones angulosas, su cabello oscuro y ensortijado y sus ojos grandes y hundidos no desmienten.

Fue Néstor, uno de los hijos menores de Canuto y María, de profesión marino mercante, quien había traído de uno de sus viajes una noticia que, al igual que la versión de su madre, anotaba la variante Lamber/Lambor, pero le sumaba un matiz controvertido, apropiado al rol de polemista que éste desempeñaba en todas las reuniones familiares: el apellido “Lamber”, sostenía el marino, registraría un origen judío-belga, impronta étnica reforzada por la terminación “-ghini” o “-ini”, que en los apellidos italianos denotaría, según esta explicación, ascendencia judía. Asentado en el norte de Italia, la modificación del apellido y la adquisición de títulos de nobleza habrían significado para este grupo el pasaporte hacia la dignidad y el buen nombre. No percibía el marino provocador, sin embargo, que se trataba de un nombre cuya terminación “-ini” —en italiano un plural y un diminutivo— contradecía morfológicamente aquella intención de ennoblecerse, señalando más bien una indiferenciación y un empequeñecimiento.

No es que Néstor simpatizara particularmente con el pueblo de la diáspora; lo que amaba por sobre todas las cosas era la discusión y gozaba grandemente instalándola en su familia y en donde fuese. Y por cierto, la novedad aportada por el marino no entusiasmó demasiado a los hermanos, especialmente al ultramontano Victorio. Éste, casado con una mujer alemana y sin hijos, bregaba para que sus hermanos y sus sobrinos, a la par de reafirmar la existencia del escudo heráldico —cuya propia versión sustituía a la vaca de la descripción materna por un estilizado león, ciertamente más distinguido que el pacífico rúmiante—, siguieran pensado que el apellido Lamborghini se derivaba aristocráticamente de “lamb”, “cordero” en inglés, y del diminutivo plural “borghini”, en italiano, “pueblitos”. De esta combinatoria resultaría el topónimo “Lamborghini”, cuyo significado, “pueblitos de ovejas o corderos”, por más que pudiese señalar una profesión modesta —la de ovejero o pastor de ovejas— encontraba más honroso que el nombre supuestamente semita divulgado por su hermano Néstor, cuyo

significado y real vinculación con la onomástica hebrea, por otra parte, nadie en la familia, ni siquiera el mismo Néstor, se ocupó de indagar hasta el final, así como tampoco si había existido de hecho una vinculación entre el apellido actual y el remoto e impreciso “Lamber”.

No obstante la carencia de tales informaciones, el hecho es que, comulgando todos con el narcisismo genealógico de su madre, ninguno de los hermanos Lamborghini, pero por sobre todo los varones, se mostraba indiferente ante la cuestión de sus orígenes. Muerto tempranamente, Canuto Lamborghini se había llevado consigo el enigma de su desembarco en la Argentina y su desconexión con la familia de Bologna y las conjeturas tejidas por su descendencia en torno al tema eran por lo menos equivalentes a aquel vacío. Hijo mayor de una familia de siete hermanos que llevaban los nombres de Argía, María, Gertrude, Vittorio, Astolfo y Leonora, Canuto, contrarrestando su silencio, había proyectado su memoria familiar en los nombres que asignó a ocho de sus once hijos: María Angélica, Victorio, Leonor, Leónidas (si lo consideramos como el masculino de Leonor), Argía y Astolfo llevaban los nombres de sus tíos, los hermanos menores de su padre Canuto; Albino y Ulises, en cambio, hacían honor a sus abuelos Ulisse Lamborghini y Albina Robersi, progenitores de Canuto, él, un médico de excéntricas costumbres; ella, una dama de modos aristocráticos.

Canuto había sido bautizado con un nombre de pila que reconocía por lo menos dos generaciones de tradición familiar: también lo llevaron su abuelo, Canuto Lamborghini, padre de Ulisse, y quien podría ser su tío abuelo, Sebastiano Canuto, según puede deducirse de las fechas de defunción inscriptas en la lápida familiar de la *Certosa di Bologna*, en la que el primero, muerto en 1880, aparece registrado como “*Canutus Lamborhinus*”.

Este nombre, difundido en el norte de Italia y en la Toscana, provenía de un sobrenombre medieval, *Canutus*, que en latín significaba “canoso” y quizá también del nombre de un mártir danés, San Canuto Lavard, duque de Schleswig —de origen germánico aunque latinizado *Canutus*— y tenía su correspondiente “Knut” en danés antiguo —de donde proviene el nombre del rey Canuto II “el Grande”, quien a principios del siglo XI dominó Inglaterra y Noruega—, también muy común en sueco. Como suele suceder con los nombres, el de Canuto arrastraría una suerte de memoria familiar, muchas veces ciega, que iba a llegar a los hijos y los nietos del Canuto Lamborghini que a fines del siglo XIX se asentó en la Argentina y se casó con María Arribau, para reaparecer en el nombre de Leónidas Canuto, primer hijo de su primogénito Leónidas Aniceto.

Pero no solamente los nombres retornan en la familia Lamborghini; también lo hacen los destinos. Cuando el abuelo Canuto y la abuela María eligieron el nombre Ulises para su cuarto hijo varón, no sabían que inscribían en él la suerte que este hijo correría: como su padre Canuto, como el Ulises homérico, también este Ulises un día iba a desaparecer sin que su familia

supiera en lo sucesivo nada de él. Su nombre en la mesa de los encuentros familiares de la casa de la calle Thompson, ya muerto el abuelo Canuto, fue siempre una ausencia rodeada de silencio, como también lo fue el nombre de Albino, otro de los hermanos mayores, quien si bien no había muerto ni se desconocía su paradero, se hallaba alejado del trato familiar y jamás asistía a las fiestas y reuniones. Determinación o contingencia, los nombres de estos dos hermanos evocaban dos grandes ausencias familiares: las de Ulisse y Albina, padres de Canuto, de quienes éste se había alejado para ser él mismo una silla vacía en la mesa de la familia boloñesa. Con todo, es el nombre que evoca al padre de Canuto el que ha mostrado mayor persistencia en la saga familiar: en la cuarta generación de los Lamborghini argentinos aún lo llevan Ulises Lamborghini, hijo de Leónidas Canuto y Ulises Lamborghini, quien lleva el apellido de su madre, Alicia Lamborghini, hija de Néstor el marino.

Muerto Canuto, María se ocupó de mantener vivas la memoria y la mitología domésticas hasta donde ella podía saber o imaginar, pero insistió exclusivamente en la línea de su esposo. Tanto lo hizo como poco habló de su propia familia y de sus orígenes, por lo que se le conjeturaba en secreto algún antepasado indígena. A juzgar por la procedencia greco-criolla del nombre de su madre, Eleuteria Torres, y aceptada la ascendencia vasco-francesa de su padre Francisco Arribau, se pensaba que aquel incierto antepasado no sería un indio sino una india, quizá una indiecita, con quien algún criollo se habría liado.

Tal vez los relatos que circulaban clandestinamente entre los primos acerca del amancebamiento del abuelo Canuto con una india antes de su unión con la abuela María eran una traslación épica y por lo mismo más tolerable de aquella sospecha. La ascendencia aborígen atribuida a María, quizá apoyada exclusivamente en su tez cetrina y sus ojos negros —rasgos que, al reaparecer en sus hijos y nietos, recibieron una interpretación harto disímil, alimentando las versiones acerca del presunto origen judío— se vería corroborada por la resignación que hizo siempre de su propia memoria y la paralela exaltación de la de su marido. Lo cierto es que hasta en la prosodia de su apellido María parecía llevar especularmente el verbo que en realidad lo definía a Canuto: era él quien en verdad *arribó* a estas tierras; ella era la que siempre había estado allí, a pesar de su tendencia a asimilarse a los Lamborghini.

Firmes en su supuesta nobleza, olvidados de su también incierta sangre india; congregados todos los varones en la pasión por el apellido e igualmente convencidos de que los Lamborghini debían destacarse “del montón”; persuadidos de que acatar este legado era una forma de prolongar el espíritu pionero y a la vez bohemio de su padre Canuto, todos los hermanos, aunque algunos más enfáticamente, descollaban en el arte de la diatriba. La ironía, el sarcasmo, el humor ácido, la polémica y en general, la conversación y la discusión prolongadas al infinito parecían ser el terreno en el que se sentían “como en casa”.

Cuando por necesidad o por aburrimiento María había trabajado como cocinera los hermanos varones buscaron por todos los medios soslayar ese infortunio, o esa extravagancia, a fin de que no se reprodujera en boca de sus hijos o sus sobrinos; en todo caso, se referían a él doliéndose de cómo “un Lamborghini” —a sabiendas de que María no era una Lamborghini, pero apoyándose en el borramiento que ella misma hacía de su origen familiar— se había rebajado “a tanto”. Celosos de su madre, guardianes de una fidelidad que ella debía ofrendar a su marido aun después de muerto, procuraron que comprendiese claramente que no hubieran visto con buenos ojos que ella volviera a casarse. Sobre este particular los hermanos desplegaron una energía que fue más allá del moralismo que, a la hora de juzgar a las mujeres, desde su madre y sus hermanas pasando por sus esposas y sus hijas, todos profesaban.

En esto los Lamborghini dejaban entrever su temor a alguna acechanza relacionada con lo sexual que parecían conocer bien. Sabían, por ejemplo, que su padre Canuto, hombre atractivo y gran conquistador, ya se hallaba viviendo con su madre muy jovencita antes de que los sorprendiera el momento de pensar en casarse, ceremonia que por otra parte nunca concretaron.

Muchos años después de aquella tumultuosa unión y desde la cúspide de su juventud eternizada en un imponente retrato de cristal combado y moldura de ébano que presidía el oscuro comedor de la casa de la calle Thompson, un Canuto de mirada inescrutable continuaba aquella vigilancia. Era una imagen sepia a la que se le habían coloreado los ojos para destacar su celeste aguado, que los nietos interrogaban una y otra vez en vano para esclarecer con algún atisbo de luz las leyendas que unos a otros se contaban sobre él, sin que lograsen sonsacarle un solo indicio que rompiera su silencio y que le descubriese alguna fisura al bronce que sus padres se empeñaban en brindarles. El retrato era incluso la única imagen del padre que tenían los hermanos menores como Néstor, María Angélica y Renato, que eran muy pequeños en el momento de su muerte, y quizá ellos también al final de algún encuentro familiar se quedasen contemplando inquisitivamente aquella estampa que nada les decía, tan “canuta” como su nombre.

Oscuramente desaparecido Ulises, aislado Albino, tras la muerte de Canuto la familia había quedado reducida a la abuela María y a nueve hermanos, cinco varones y cuatro mujeres, de las cuales, hacia los años ´40, Argía se había casado mientras que Matilde, Aurora y María Angélica vivían aún con su madre en la casa de Caballito. En cuanto a los varones, Leónidas Aniceto, Astolfo, Victorio y Renato habían formado sus propias familias —si bien Victorio no tenía hijos— y solamente Néstor, el menor de ellos, residía en la casa materna aunque durante largos períodos se encontraba en alta mar.

Por los años cincuenta Néstor se casaría con Consuelo, una española oriunda de Barcelona a quien iba a conocer en esa ciudad el mismo día de octubre de 1953 en el que, en Buenos Aires, moría su madre María Arribau,

y con la que iba a vivir en la casa de la calle Thompson hasta 1967. También las hermanas solteras dejarían la casa por entonces: Aurora, partera de profesión, se casaría con Edgardo Rodríguez, con quien, luego de un corto pasaje por San Antonio de Padua, se instalaría en la localidad de General Roca, en Río Negro; María Angélica, que trabajaba como vendedora en una casa de calzado femenino, lo haría con Raúl Gonzáles, cuya condición de hombre separado atrajo las iras moralistas de la familia y puso en juego su afinado sistema de exclusiones; por último, Matilde —como todos la llamaban sin que ese apodo guardase ninguna relación con su nombre de pila, Leonor—, la más audaz de las hermanas, temiendo quedarse “para vestir santos” a los treinta y ocho años conoció por la correspondencia de la revista *Cantaclaro* a un hombre de apellido Díaz que casi la doblaba en edad y que decía ser un estanciero criador de ovejas. Resultó luego peón de su propio hermano, pero Matilde igualmente se casó con él, se marchó a Río Gallegos y con sus conocimientos de empleada administrativa montó una academia comercial que luego se fue transformando en una cadena de academias que se extendió por la remota provincia de Santa Cruz. Sin descendencia, sobrevivió obviamente a su marido y tuvo tiempo para volver a casarse dos veces más, esta vez con hombres bastante menores que ella, a quienes también sobrevivió y de quienes tampoco tuvo hijos. A su regreso definitivo a Buenos Aires, ya entrada en la vejez, consideró necesario trasladar consigo los restos de sus tres maridos a la bóveda familiar, lo que desató nuevas molestias y polémicas, del mismo modo que las había desatado su adhesión al peronismo.

El comedor presidido por el retrato vigilante del abuelo Canuto, cuya lobreguez se reforzaba con unos muebles enormes y oscuros, era la sala principal de la casa, reservada para las comidas de la familia cuando la estación no permitía que se sacara la mesa al patio. Se ingresaba a él por una puerta lateral del hall de distribución ubicado al frente de la casa, a la que se llegaba luego de atravesar un largo pasillo, ya que en la parte delantera del terreno se ubicaban otras dos casas de similares características. Desde el comedor y también desde el hall se accedía a un gran patio lateral al cual ventilaban las habitaciones, las que —comunicadas entre sí y con el comedor— se disponían una a continuación de otra, hasta llegar al baño y la cocina que se hallaban, como es habitual en este tipo de construcciones, al fondo del patio despojado que durante la primavera y el verano se alegraba con una colorida Santa Rita.

Era una casa en la que los niños se veían en la necesidad de buscar, no siempre con éxito, algún rincón escondido donde desplegar sus juegos y sus charlas. Habitualmente, las reuniones de los hermanos Lamborghini se prolongaban luego del almuerzo más allá de la tarde; en estas largas visitas, después de la comida y la dilatada sobremesa, se iban formando grupos acordes a las afinidades y a las reglas de sociabilidad vigentes o a la eventua-

lidad de las alianzas y las diferencias ocasionalmente determinadas por las discusiones y disputas del día. Estos grupos de contendientes o contertulios se distribuían en cada uno de los ambientes, incluida la cocina, de modo que muchas veces los niños peregrinaban de una habitación a otra sin hallar un espacio vacante para sus secretes.

El carácter a la vez hospitalario y expulsivo que presentaba la casa de la calle Thompson se reproducía en el genio de la abuela María. Siempre acompañada por una “criadita” que no era ni del todo doméstica ni del todo miembro de la familia, era para los nietos —por respetuosa indicación de los padres— “la abuelita María”, quien se avenía a recibirlos algún fin de semana para que se quedasen a dormir sin desplegar, sin embargo, el rol de abuela complaciente y contenedora, sustituto de la madre, que otras abuelas solían ejercer.

No obstante, algún deseo de perdurar en el recuerdo de sus nietos la llevó, en ocasión de su cumpleaños número setenta, dos años antes de su muerte, a hacerse tomar un retrato en la casa de fotos “Fermoselle” del barrio de Caballito, que hizo copiar para regalarles con una dedicatoria. La fotografía, colocada en una gruesa cartulina doble y protegida por un papel de seda, mostraba a una María de mirada oscura y perspicaz, de piel cetrina y asombrosamente tersa para sus años, de labios finos y de cabello corto, canoso y encrespado. Estos rasgos habrían de repetirse en el rostro de su primer nieto, Leónidas Canuto, quien, al llevar el nombre de uno y los rasgos del otro, devolvía a la familia la imagen viva de los dos linajes que la constituían: el vernáculo de María; el europeo de Canuto.

Además de fomentar la fantasía heráldica de los Lamborghini, María Arribau se ocupó mientras estuvo viva de reunir a sus hijos en aquella casa espaciosa junto la mesa familiar y de alentar su mutua sociabilidad y complicidad, no siempre inocente. Un ritual familiar que se repetía en la nochebuena convocaba a todos los hermanos y sus esposas y esposos con igual dedicación: luego de la cena en el patio y los saludos y los brindis, luego de las teatrales declamaciones a que los llevaban esos brindis y sus efluvios, en las que parecía emerger el espíritu de cuerpo que a veces los congregaba, dejando por un rato las disputas, los reclamos y las potenciales rivalidades y envidias que pudieran fragmentarlos salían alegres, rabiosos, magníficos a las veredas para ejecutar una bárbara labor: en esas trasnochadas y beodas recorridas se dedicaban con esmero a desparramar el contenido de los cestos de basura de sus vecinos.

Con estas tropelías, con la discusión encendida e interminable y con el trato tan poco amable que prodigaban a sus mujeres, los hermanos Lamborghini dejaron un recuerdo indeleble en sus hijos y sobrinos. Renato, Néstor y Victorio, cada uno por sus particulares características y, en parte, por ser los tíos que más frecuentaban, fueron los que más ascendiente tuvieron sobre sus sobrinos Leónidas Canuto, María Teresa y Osvaldo, los hijos de Leónidas Aniceto, el primogénito de Canuto y María, y en general sobre los demás

primos, los más cercanos en edad a aquéllos, como María Elena, Renata y Liliana, e incluso los más pequeños, nacidos de la segunda tanda de casamientos, como Norma, Alicia, Laura y Raúl. El tío Astolfo, en cambio, si bien frecuentaba las más importantes reuniones familiares con su esposa Lucía y sus hijas Argía y Élide no llegó a alcanzar un espacio tan memorable en el afecto de los primos.

“Estuve con el ingeniero”, comentaba insidiosamente Renato —“Nato” para todos— a su mujer Isabel y a sus hijas Liliana y Renata cuando en casa de su madre se había cruzado con Leónidas, “El turco”, a sabiendas de que sólo era un técnico especializado. Otras veces, aludiendo con cierta inquina al escondido y frustrado pasado literario de su hermano mayor y siendo él mismo columnista de la revista *Cascabel*, se jactaba jocosamente diciendo “somos los Karamasov”, quizá tomando la afirmación más al pie de la letra de lo que su carácter hiperbólico parecía autorizar. En ocasiones, la frase también podía escucharse en boca de Néstor, el marino. Muchos años después, Leónidas y Osvaldo Lamborghini repetirían —ciertamente con más justificación que sus tíos— este gesto de inscribir su complicidad fraterna en algún capítulo de la historia de la literatura diciendo, diciéndose, “somos los hermanos Corso”. Con ello, honraban de alguna manera los deseos literarios más secretos de su padre, que disputó durante toda la vida con su hermano Renato el papel del “intelectual” de la familia.

Polemista tan hábil como Néstor, lector tan diverso como el propio Renato, conversador entusiasta como Víctorio, Leónidas Aniceto era tan singular como cualquiera de sus hermanos. Establecido económicamente, antimilitar aunque empleado del ejército, nacionalista aunque admirador de Estados Unidos, poseedor de una considerable y heterogénea biblioteca, supo conducir una tertulia literaria-filosófica barrial en su casa de Villa de Parque a la que asistía una generosa y variada concurrencia. Allí, tal vez, como al pasar y contra la reserva del dueño de casa, alguien aludió a la novela —*Memorias de un pobre hombre* o *El hombre que fracasó*, según los dictados de un recuerdo borroso o negligente— que Leónidas había compuesto en su juventud.

De hilarante inventiva, también Renato disfrutaba redactando historias que leía a su mujer e hijas para desatar la incontenible y exaltada risa familiar. Era la misma risa desenfrenada que se apoderaba de los hermanos cuando se reunían en la casa materna, y con la que, siempre en el límite del desborde emocional, parecían querer devorarse la alegría con la misma pasión desmandada con la que hubieran querido fulminar al ocasional contrincante si de la risa pasaban a la discusión que básicamente versaba, con la misma vehemencia, sobre asuntos políticos o familiares. Firme en el propósito de moldear en su descendencia el espíritu superior que consideraba propio de los Lamborghini, había construido una alacena que presidía la cocina de su casa de San Antonio de Padua, en la que se leía una inscripción tallada por

sus propias manos: COMER ES IMPORTANTE. ¡PENSAR ES VIVIR! No era Renato lo que puede decirse un pensador en el sentido estricto de la palabra, pero se distinguía del resto de los hermanos por un rasgo particular: su simpatía con el ideario socialista. Entusiasta lector, se había introducido en la frecuentación de Lenin y de Marx y de Engels aunque en no pocas ocasiones su ideología colisionaba con el cargo de jefe de personal que ocupó durante años en la “La Cantábrica”. Sin haber militado nunca en ningún partido u organización, adhería algo heterodoxamente a aquellas ideas, tanto como denostaba impetuosamente al peronismo, pasión en la que comulgaba con los demás hermanos varones. Así, cuando conoció los primerizos intentos literarios de Leónidas Canuto, el sobrino mayor, se congratuló de sus esfuerzos y sus logros, aunque paralelamente se dolió cuando fue comprobando que su adhesión al peronismo iba más allá del mero fervor parricida y juvenil. Sin embargo compartió con él gustos literarios y lecturas y por su consejo leyó el *Ulises* de Joyce, hallazgo que luego, entusiasta y algo inexplicablemente, obligó a sus hijas a emprender.

En la forma de manifestar su antiperonismo, Nato se asemejaba mucho a su hermano Néstor, el marino —cuyo nombre de pila era Triestín, aunque lo llamaban “Chichi”— si bien las intolerantes maneras de éste dejaban a Renato reducido a un virtuoso demócrata. Fabulador y megalómano, Néstor aportaba a las voces del concierto familiar su marcada tendencia a monologar y perorar; en este sentido, superaba con creces a Renato ya que sus opiniones, fueran de la índole que fuesen, eran siempre apodícticas. Con una gran capacidad para despreciar y agredir, Néstor —haciendo tabla rasa con sus orígenes italianos e instalándose en sus aires de grandeza— acusaba de “melenudo e hijo de inmigrante” a cualquiera que, siempre según sus especiales parámetros, osara contradecirlo. Ciertamente, Néstor creía más que cualquiera de sus hermanos en los blasones de la familia. O, por lo menos, era el que extraía de ello las conclusiones más extremas.

En ese afán, en el transcurso de una estadía de dos años en Yugoslavia por razones laborales, había ido con su esposa Consuelo y sus hijas Norma y Alicia a la región italiana de la Emilia-Romania en busca de sus raíces y se había conectado con unos Lamborghini de Ferrara, inciertos primos lejanos —ya que la rama familiar que nos ocupa proviene de Bologna y por entonces Néstor no tenía muy claro su árbol genealógico— pero sí emparentados con Ferrucho Lamborghini, el exquisito diseñador de automóviles. De allí habían traído una conjetura y una certeza: la cuestión del origen judío del apellido y la comprobación de que aquellos Lamborghini eran también algo excéntricos. “¿Come sono i Lamborghini argentini?”, le preguntaba la esposa de uno de los italianos a Consuelo, que se debatía entre decir y no decir lo que en realidad pensaba de ellos. “*I Lamborghini italiani ci sono tutti matti*”, continuó la italiana, sin reparar en que Consuelo, que seguía en silencio, probablemente desconocía que en italiano el adjetivo *matto*, además de *loco*, también significa *estólido, ligero, imprudente, difícil, enfermo, débil, vencido*,

*sin esplendor, oprimido, esposado, que comete bazarías, que desea demasiado, que ama locamente, paranoico, genio sin genio, que padece obsesión por alguna extraordinaria virtud propia.*

Menos verborragico que Néstor y Renato y casi parco comparado con ellos, aunque portador de los rasgos misóginos que también cultivaban sus hermanos, Victorio trabajaba como administrativo en la ferretería “Zuccotti Hermanos” y se destacaba a su vez por dos particularidades: su escasa simpatía por el pueblo semita; su esposa alemana y el trato que mutuamente se prodigaban. Mientras la tía Mary se desvivía en atenciones hacia él, que iban desde prepararle la pipa y esperarlo con las chinelas en la mano para que se pusiera cómodo al volver del trabajo hasta cocinarle las exquisiteces de su país, el tío “Pitoco”, que así lo llamaban, la trataba con distancia. Disminuir a su mujer parecía resultarle indispensable en toda circunstancia y lugar, aun cuando para ello debiera observar —tan luego él— una costumbre rabínica: en la calle, Mary caminaba unos metros detrás suyo. La misma brecha había puesto para con sus sobrinas mujeres, sobre todo las menores, para las que este tío resultaba poco menos que inabordable dado que él mismo prácticamente no se dirigía a ellas.

Quizá por la edad de Victorio, más próxima a la de su hermano mayor Leónidas Aniceto, o por alguna forma de afinidad electiva, Mary y Pitoco estuvieron más cerca de la familia de Leónidas Aniceto y Teresa Galeano que lo que lo estuvieron las familias de los hermanos menores Néstor, Renato y María Angélica, las que formaron una especie de clan cuya estabilidad posibilitó incluso que compartiesen muchas vacaciones juntos en el mar. La ligazón de Pitoco con Leónidas Aniceto y su familia se prolongó hasta después de que los hijos de este último se casaron y fueron padres; incluso el tío y su esposa llegaron a apadrinar a uno de los hijos de María Teresa, única hija mujer de Leónidas Aniceto y Teresa Galeano. Sin descendencia, y preocupado por la perduración del apellido y el cultivo de su leyenda, en una conversación con los hermanos Leónidas y Osvaldo, ya adultos ambos, Pitoco manifestó su opinión acerca de que, de hallarse el tan mentado escudo heráldico, era justo que quedase en manos de Leónidas Canuto, por ser éste el mayor de todos los primos y por llevar además el nombre y por ende la memoria del abuelo venido de Italia.

La preocupación de Pitoco por el escudo y los orígenes familiares parece haberse concretado en alguna investigación al respecto que nadie sabe por qué razones apenas se desarrolló. El fragmento ajado de una carta escrita en italiano guardada por Mary, su esposa, y luego conservada por una de las primas, sin fecha aunque sin dudas posterior a 1950, atestigüa que los hermanos Lamborghini, quizá el mismo Victorio, reincidieron en la indagación de sus ancestros y probablemente gracias a la vinculación obtenida por Néstor en sus viajes lograron dar con un primo hermano o bien un primo en tercer grado de la rama de Ferrara cuyo abuelo sería primo hermano del abuelo Canuto. En el fragmento se registran los fallecimientos

de los demás hermanos de éste, excepto de Gertrude, de quien se anota que a los 83 años vive con buena salud en una pensión de ancianos, en el n° 3 de la Via Carboneri de Bologna y que estaría muy contenta de recibir correspondencia de sus sobrinos argentinos. Incluso, anota el corresponsal, algunas liritas enviadas por ellos aliviarían los pesares de su vejez. Nada dice, en cambio, de escudos heráldicos ni de noblezas; ofrece sí una panorámica de la digna estrechez en la que viven muchos miembros de la familia repartidos por distintas ciudades del norte y el centro de Italia, excepto la rama proveniente de Vittorio Lamborghini —hermano de Canuto, el de Bayauca—, uno de cuyos hijos, Renato, es por entonces un coronel del ejército italiano que a fin de siglo morirá general a los 101 años, todavía disfrutando de las glorias obtenidas por su desempeño en las dos guerras mundiales y en la guerra del África —el 27 de marzo de 1941 se había ganado el mote de “El héroe de Cherén” y a poco el de “Il signore del tuono”— y con las condolencias del primer ministro Scalfaro.

Para tranquilidad de Pitoco, para frustración de Néstor, la carta nada informaba acerca del origen del apellido ni de sus posibles transformaciones en el tiempo ni tampoco de los distintos asentamientos geográficos donde se hubieran establecido los antepasados de Canuto, más allá de la consabida Bologna. Ninguno de los hermanos pudo tampoco confirmar o desmentir que el apellido “Lamborghini” —cuya terminación “borghi” es muy frecuente en todas sus variantes (*borgo, borghetti, borghini*, etc.) en la Toscana, la Lombardia y la Emilia-Romania, pero sobre todo en esta última— derivase de *Lamber*, tal cual había propuesto Néstor a la vuelta de su viaje a Yugoslavia, ni que esta voz perteneciera a la onomástica judía, en este caso, judío-belga.

Todos ellos morirán sin saber que en los cementerios belgas de la Primera Guerra Mundial descansan para siempre un gran número de *Lambert* en medio de algunos *Lambein, Lambeets, Lambrights, Lambertyn, Lambie, Lambin, Lambot, Lambotte, Lameira, Lamer* y *Lamerant*, entre otros. Tampoco comprobarán que *Lambert* es efectivamente un apellido hebreo, tal como conjeturaba Néstor, el marino, aunque de origen germánico, ni que en Italia está presente en su derivado *Lamberti* y registra apariciones hasta en *La Divina Comedia*.

Literalmente “famoso en la tierra” (landa-: “territorio, pueblo”, -bertha: “famoso, ilustre”), en alemán antiguo *Lambert* es una de las formas de *Lamm*, que significa “cordero” y es un equivalente del bíblico *Ascher* o *Asher*. En su grafía alemana, *Ascher* está documentado como un nombre judío en 1196 en Worms, en Alemania occidental, y reconoce incluso algunas variantes anotadas en Wuerzburg, Alemania, en el norte de África, en Savoy y en Lutzelbourg, Francia. La conexión entre *Ascher* y algunos diminutivos de *Lamm* (como *Lemle, Lemmel* y *Laemmel*) proviene del nombre del “Falso Mesías *Ascher*”, también conocido como *Lem(m)lein / Lamml(e)in*. El vínculo entre los nombres *Ascher* y *Lamber*, por su parte, ha sido documentado en

1637 en Metz, al este de Francia, con *Lemlen Ascher Lambert*, cuyo primer nombre es uno de los diminutivos de *Lamm*, el secular equivalente veterotestamentario de *Lambert*.

Sin lugar a dudas, a los hermanos les hubiera gustado aquello de “famoso, ilustre” y hasta se hubieran sorprendido al descubrir que, si el apellido derivaba de *Lambert*, en su transformación en *Lamborghini* habría duplicado el lexema “pueblo” (*landa* en alemán / *borgo* en italiano, aunque no exactamente equivalentes); y que además *borgo*, el segundo miembro del apellido italiano, no sólo repite el significado de *landa* sino también su origen, ya que deriva del latín *burgus* y éste a su vez del germánico común *burgs*.

En cambio, quizá les hubiera inquietado constatar que el *Ascher* bíblico —llamado simplemente *Aser*, “el feliz” en hebreo—, cuyo descubrimiento por parte de ellos esperó en vano durante siglos desde la letra muerta del capítulo 30 del libro del *Génesis*, era uno de los hijos de Jacob, nacido de su unión con Zilpá, una sierva de su esposa Lía, dada a aquél por ella misma cuando no pudo tener ya más hijos. Jacob había tomado por esposa a Raquel, de quien estaba prendado, y a Lía, su hermana mayor, en cambio, para cumplir un compromiso anterior con el padre de ambas. Dios hizo entonces fértil a la aborrecida y estéril a la amada; por esto, cuando la sierva Zilpá hubo dado a luz, Lía —que según la tradición tomó al hijo de su sierva como propio— exclamó: “¡Feliz de mí!, pues me felicitarán las demás”. La rivalidad entre ambas hermanas ha servido a los hebraístas para explicar algunos nombres propios por medio de etimologías populares, oscuras a veces: así *ra’be’onyi*, “ha reparado mi cuita”: Rubén; *šama’*, “ha oído”: Simeón; *yil-lâveh*, “se aficionará”: Leví; *ôdeh*, “alabo”: Judá, nombres de cuatro de los siete hijos de Jacob habidos del vientre de Lía; *ošri*, “feliz de mí”, *iššerûni*, “me felicitarán”: Aser, nombre del hijo de Jacob y de Zilpá, la sierva de Lía.

Nada de esto habrían de saber los hermanos Lamborghini, cuya inquietud genealógica, luego de un corto período de búsqueda y controversias, retornó a un nuevo ciclo de clausura y de aceptación del mito. Las posibilidades de indagación abiertas por aquella carta guardada por la tía Mary, las otras cartas que la habrán precedido y continuado, las inciertas conclusiones a las que se habría arribado por ellas, las noticias que los hermanos pudieran haber obtenido de las mismas no han dejado registro en la memoria de sus hijos. Un vendaval de resentimiento o indiferencia hizo que, al cerrar definitivamente la casa de Caballito en 1967, la esposa del marino se deshiciera gracias al fuego o a algún otro método menos noble —cerrando y cegando un ciclo signado por la presencia arcana de Canuto— de las pertenencias de la abuela María, los papeles que guardaba y un grueso álbum de fotografías del siglo XIX, probablemente daguerrotipos, que habían sobrevivido al secreto de Canuto y cuyos rostros alguna vez miraron, mudos y sin nombre, a los primos que las escrutaban a escondidas en algún rincón de la casa oscura mientras sus padres —*tutti matti*— monologaban, peroraban o maldecían.